

Prólogo

No es extraño que en una región de tan larga historia como es la de Andalucía, mezcla de pueblos y civilizaciones desde la más remota antigüedad, se haya generado durante toda la Edad Moderna y parte de la Contemporánea una amplia historiografía. Como es natural, esta es más abundante en aquellas ciudades y pueblos de mayor población o de especial significación histórica.

Salvo algunos estudios puntuales y de gran interés sobre los historiadores de algunas provincias, como Sevilla o Huelva, no es muy amplio ni profundo el conocimiento que hoy se tiene de tantos autores que dedicaron su tiempo a indagar en el pasado de su patria chica, tanto de los que publicaron su obra como de aquellos que carecieron de medios económicos para sacarla de su estado de manuscrita. Nada se ha hecho al respecto en la provincia de Cádiz. Aun así, creo que en general podemos considerar que el valor de tanta labor historiográfica es ciertamente desigual, porque toda ella nace de un amor por la «patria chica» y un afán de proclamar sus grandezas y antigüedades, hecho que en principio no tiene que ser negativo, pero en ocasiones hace derivar al historiador hacia los mismos errores que tantos biógrafos de santos o personas religiosas han cometido: en vez de realizar un trabajo más o menos imparcial ateniéndose a los datos, se cae en otro género distinto: la hagiografía, donde los autores han convertido sus libros en materiales casi inservibles para el conocimiento del personaje biografiado, si acaso pueda servir para la edificación de los fieles...

Pero además de ese entusiasmo desbordante por la ciudad, hay otras carencias o circunstancias que también restan valor a muchas de las publicaciones como se escribieron en diversos pueblos de la hoy provincia de Cádiz durante los siglos XVI al XVII. Sus autores eran en muchas ocasiones meros aficionados; la mayoría solían ser clérigos, nobles, abogados, o escribanos, que solo se interesaron por aquellas cosas que en esos momentos les parecía de interés, como las antigüedades —restos arqueológicos, etc.—, los monumentos artísticos, los hijos

ilustres y una narración más o menos pormenorizada de la historia de los hechos más notables ocurridos en la localidad en esos siglos.

El resultado de tal trabajo es, como digo, desigual: y va desde el trabajo insuperable de un Juan Bautista Suárez de Salazar, sobre las *Grandezas y Antigüedades de Cádiz*, modelo en su género, que sigue siendo considerado hoy día como un excelente trabajo de investigación sobre la historia del Cádiz Romano, hasta el extraordinario y al mismo tiempo sorprendente, por lo ridículo, libro de fray Jerónimo de la Concepción, *Emporio del Orbe*, donde se dedican páginas disparatadas a contarnos que la Virgen María procedía de una familia gaditana o que los reyes magos pasaron por Cádiz antes de viajar hasta Belén, *et sic de caeteris*. En otra ocasión denominé a este trabajo, como un «libro político», en el sentido que su fin no era otro que servir de propaganda al municipio gaditano que era a fin de cuentas quien lo costeó en una edición muy amplia y lujosísima, impresa con exagerados medios económicos en la ciudad de Ámsterdam.

Solo fue a lo largo del siglo XIX cuando empezaron a surgir en España los historiadores profesionales, salidos de las enseñanzas impartidas en las universidades españolas, a través de la facultades de Filosofía y Letras, o bien formados en la Escuela de Diplomática, donde se cursaban asignaturas tan esenciales como la paleografía, de tan gran importancia en la labor cotidiana de los futuros paleógrafos, diplomatas y archiveros, la diplomática, el latín, etc. Precisamente el Cuerpo Facultativo de Archiveros, Bibliotecarios y Arqueólogos (luego de Museos) fue creado en 1857 para que se hiciera cargo del patrimonio histórico de España, incrementado de manera notable a raíz de la Desamortización Española decretada por el gaditano Juan Álvarez Méndez, *Mendizábal*, en 1836. Así poco a poco, se fue repartiendo por España, primero en Madrid, y luego en las principales provincias, un grupo de personas de sólida formación académica y científica que abordaron la historia —incluso la local— con nuevos métodos y con mayor rigor.

Al comenzar el siglo XX se encontraban en periodo de estudios en distintos centros universitarios españoles tres personajes que van a tener una gran importancia en la historiografía de la provincia de Cádiz años después; su presencia va a suponer un antes y un después en la investigación histórica. Se trata de Pelayo Quintero y Atauri en Cádiz, Hipólito Sancho Mayí en El Puerto de Santa María, y Manuel Esteve Guerrero, en Jerez. El primero y el tercero ocuparan respectivamente la dirección de los Museos de Cádiz y de Jerez, y ambos son autores de una obra de investigación arqueológica, aunque no desdeñaron acercar sus conocimientos a cualquier otra época de la historia artística y, lo que es más importante, realizaron también una obra divulgativa de primer nivel, bien fomentando la creación de revistas científicas, o bien escribiendo algunas obras de carácter general para un público no especializado. Curiosamente, sobre los dos primeros se han publicado sendos libros homenaje, donde se abordan diversos aspectos de su obra, y sobre Esteve también existe una monografía sobre su vida y obra.

En esa trilogía Hipólito Sancho tiene algunas diferencias importantes con los otros dos. Comparte con ellos la titulación superior, pues estudió en la elitista Universidad de Deusto las carreras de Filosofía y Letras y Derecho, es decir, una formación de primer nivel en plena juventud, en la que ya, al mismo tiempo, realizó sus primeros escauceos en el mundo de la investigación, entró en contacto con la orden fundada por Santo Domingo de Guzmán, tan volcada siempre al estudio, y que tan importante iba a ser en su vida, mostró una extraordinaria religiosidad, hasta el punto que pensó ingresar en el Seminario de Cádiz, y que algunos lo considerara incluso, como dominico, tal era su compenetración con ellos, y, por último, realizó algunos viajes culturales por España y Europa. Pero lo que me interesaría destacar de todo ese período juvenil es un pequeño folleto que contiene el discurso que pronunció el 1 de noviembre de 1914 en la Universidad de Deusto. Se titula nada menos que *El espíritu científico*, y es una continua defensa de una nueva forma de trabajar en todos los ámbitos de las ciencias y las letras; que suponía un punto y final a las fantasías, las leyendas, las hipótesis o conjeturas, cuando no las mentiras y falsificaciones, y el comienzo de un nuevo periodo donde debía prevalecer un rigor y un método propio en cada rama del saber. Si lo traducimos al mundo de la historia, es un claro rechazo de las tradiciones, por piadosas y antiguas que estas sean y una vuelta al documento como única herramienta de trabajo. Si se leen con detenimiento las primeras páginas del libro de Hipólito que me honro en prologar, se verá como él se enfrenta sin miedo con todas las tradiciones y leyendas referentes a la presencia de la imagen de la Virgen de la Consolación en Jerez, para ajustarse únicamente a la verdad comprobada con textos de la época o con documentos de archivos.

Pues bien este hombre joven, de gran religiosidad, bien preparado con sus dos carreras universitarias, y con un brillante porvenir, vuelve a su Puerto de Santa María natal, y pasará allí el resto de su vida en compañía primero de su familia, y luego hasta su muerte con sus hermanas, sin que tuviera nunca un trabajo estable, pues fue esporádico profesor de colegios y de alumnos particulares, a los que incluso preparaba para la carrera de Derecho a los alumnos que estudiaban por libre, o archivero eventual en el propio Puerto y en Jerez y sin que hiciera excesivas ausencias, salvo los viajes culturales que realizó en su juventud. Esta es la gran diferencia con las figuras de Pelayo Quintero y Manuel Estévez, pues mientras estos dirigían el Museo Provincial de Cádiz y el Museo Arqueológico de Jerez, respectivamente, amén de una importante presencia en otras instituciones culturales, Sancho vivió prácticamente en una gran soledad, sostenido no obstante por una profunda vocación por la investigación histórica, una gran capacidad de trabajo y una constancia a toda prueba.

Tenía por delante una tarea de investigador y el tiempo necesario para dedicarse a ella, sin distraerse en tertulias académicas o compromisos sociales. Si su vida iba a transcurrir en El Puerto, lo natural era que se volcara en lo que tenía

más a mano, su patria chica, porque no podemos olvidar que Hipólito conservaba el mismo amor por su tierra que todos los historiadores que antes y después de él se han ocupado de bucear en la historia local, pero esta vez con una salvedad: nada de realizar una historia desde la prehistoria hasta nuestros días, como era hasta su época normal en los eruditos locales, sino que él se propuso: ceñirse tan solo al periodo que va desde la reconquista de El Puerto en 1263 hasta el año 1800. Consideraba que la investigación sobre el periodo anterior a la primera fecha necesitaba otra preparación y método de trabajo, y lo posterior a 1800 era para él periodos demasiados cercanos para que se pudiera escribir sobre ellos con imparcialidad. Se ajustó a esa norma de una manera implacable: no es fácil encontrar entre sus publicaciones alguna que se salga de los períodos que se había marcado.

Si los límites cronológicos estaban claros, no ocurría lo mismo en cuanto al ámbito geográfico que su obra debía abarcar. A su Puerto de Santa María natal, pronto se agregarían Jerez y Cádiz, con sus ricos y respectivos archivos. Lo cual tenía cierta lógica pues son constantes las relaciones que a lo largo de la historia tuvieron esas tres ciudades. Así que Hipólito se convirtió en un gran historiador local... de tres ciudades distintas, lo cual no es frecuente, y más aún en esas fechas.

Según sus criterios metodológicos la historia no podía realizarse sin la consulta de las fuentes originales, por lo que se imponía una búsqueda masiva en todos los archivos de la zona, con un resultado desigual; de un lado logró consultar archivos privados de gran importancia que hoy han casi desaparecido (el de Campo Real, por ejemplo), pero por otro no pudo hacer lo mismo con otros archivos que en esa época no estaban accesibles, como el del protocolo notarial del Puerto de Santa María, que no utilizó con la frecuencia que le hubiera gustado, o como el del archivo de la casa Ducal de Medinaceli, señores que habían sido del Puerto, y que en ese momento se encontraba en Madrid. Tampoco, desgraciadamente, consultó otros archivos españoles de singular importancia, como el Archivo Histórico Nacional o el Archivo General de Simancas.

Su gran capacidad de trabajo y su constancia dieron como resultado que reuniera un arsenal de carpetas, llenas de datos, que se irían convirtiendo en publicaciones en forma de libros, o en artículos aparecidos en revistas de muy variado contenido e importancia, incluso en pequeñas y casi desconocidas revistas religiosas locales. Esto es lo que da lugar a ese número de casi 500 títulos, que se suele alegar como uno de sus méritos, cuando, a mi modesto entender, esto lastró su labor de investigador, porque abordó los mismos temas en diversos lugares, repitiendo casi la información aunque siempre añadiendo las últimas noticias, lo que obliga a los investigadores a consultar prácticamente toda su producción científica. Un ejemplo es bastante significativo: en 1940 editó en Tánger su libro sobre *La cofradía de Morenos en Cádiz*. Tenía entonces 39 páginas. Dieciocho años después, lo volvió a reeditar en Madrid, con el mismo título pero esta vez con 68 páginas y tres hojas plegables.

Sin embargo, su constancia acabó dando los frutos apetecidos. A pesar de no contar con ningún tipo de apoyo local, ni institucional, antes bien la enemiga y la envidia de otros eruditos de la zona (que esperaron, como es natural en España, a que estuviera muerto para iniciar los elogios), su obra bien hecha trascendió las fronteras de lo local, y a partir de los años 40 se le abrieron las puertas de las mejores revistas históricas a nivel nacional, donde acabaría publicando ya sus artículos más importantes. Hispania, Sefarad, Archivos del Instituto de Estudios Africanos, Revista de Historia Canaria, Estudios de Historia Social de España, etc.

Esta dispersión de su obra en revistas y periódicos ha originado que hoy día sea difícil la localización y lectura de muchas de ellas, porque son prácticamente inencontrables, como la revista *Mauritania* (Tánger), o *La Caridad* (Palencia). Lo cual es una lástima porque en algunos de esos artículos —verdaderos libros por su tamaño— se encuentra quizás lo mejor de su producción historiográfica. Valga un ejemplo: uno de sus últimos artículos «Las naciones extranjeras en Cádiz en el siglo XVII», ocupa de las páginas 639-877 de la revista *Estudios de Historia Social de España*, ¡238! páginas; una verdadera monografía, sin embargo poco conocido, o poco utilizado por los historiadores posteriores.

Por eso me parece digno del mayor elogio el autor de la edición que hoy nos ocupa pues ha realizado una meritoria labor de recopilación precisamente reuniendo en un volumen la serie de artículos sobre «Introducción al estudio de la arquitectura en Xerez» que D. Hipólito publicó en los años 1934 y 1935 en la revista *Guión*, órgano de la Federación de Estudiantes Católicos de Jerez de la Frontera. De esa revista es rarísimo encontrar ejemplares, por lo que se ha puesto al público un trabajo casi desconocido del historiador portuense.

Antonio Aguayo ha coordinado además la edición de las actas de las primeras jornadas de historia en conmemoración del fallecimiento de Hipólito Sancho, publicadas en el año 2016 por el Centro de Estudios Históricos Jerezanos, el Aula de Historia «Menesteo» con la colaboración del Ayuntamiento de Jerez, donde diversos especialistas analizan diversos aspectos del historiador portuense.

Y hoy nos presenta el hallazgo en el Convento de Santo Domingo el Real de Jerez de una obra, esta vez sí, completamente inédita de D. Hipólito, como es el estudio que debió escribir en los años treinta sobre la Virgen de la Consolación de Jerez. Al mecanoscrito le faltan algunas hojas, pero no resta ni un ápice al valor de la obra que ahora se edita por primera vez. En él se nos muestra Sancho con todas sus luces y sombras: una prosa enrevesada y de periodos tan largos que fatigan innecesariamente al lector, una irreductible defensa de la verdad histórica frente a leyendas y tradiciones por antiguas que estas sean cuando estas no tengan fundamento, y un uso continuo y fructífero de todas las fuentes documentales a su alcance.

El propio Aguayo juzga atinadamente en su prólogo esas virtudes y defectos que acompañan a toda su obra, pero que al ser infinitamente más las primeras

que los segundos, merecen nuestro reconocimiento y admiración, en vez de detenernos tan solo en señalar los segundos, lo que me parece una labor estéril, y que me recuerda cuando leo determinadas críticas a lo sucedido con la obra de D. Juan Valera. Cuando este publicó su novela *Pepita Jiménez*, creo recordar, un sacerdote y erudito llamado José María Sbarbi, gaditano por cierto y hombre de gran erudición que nos ha dejado una obra estupenda sobre el refranero, escribió lleno de indignación una crítica furibunda a dicha novela con el título *Un plato de garrafales*, donde se enumeraban sin piedad todos los pequeños errores gramaticales y ortográficos cometidos por don Juan. Hoy día, más de cien años después, los lectores siguen admirando el genio de Valera y leyendo sus novelas, que se siguen reeditando, sin tener tan en cuenta, como le hubiera gustado a Sbarbi, esos fallos triviales.

Y en verdad, salvando las distancias, la obra de Sancho ha sobrevivido muy bien el paso del tiempo; es más, me atrevería a asegurar que es ahora cuando tiene aún mayor interés para los lectores y estudiosos, hasta el punto que tras su muerte se han publicado varias obras inéditas, como la *Mariología Medieval Xericiense*, la *Historia de Jerez de la Frontera*, *Un centro cultural del siglo XVIII: La Cofradía y Escuelas Pías de Nuestra Señora del Rosario de la Aurora* y ésta que ahora se edita, y se han reeditado otras como la *Historia del Puerto de Santa María*, *El Puerto de Santa María en el Descubrimiento de America*.

También deberíamos incluir en este apartado de obras póstumas, aquellas que aparecieron con nombres de otras personas, que suplantaron la personalidad de Hipólito Sancho y se atribuyeron y pusieron sus nombres en trabajos que ni investigaron ni redactaron. Especialmente sangriento es el caso de la *Historia de Cádiz* que Sancho escribió a petición del entonces alcalde de Cádiz D. José León de Carranza, y que, a su muerte, su «discípulo», la publicó con su firma y bajo el absurdo y equívoco título de *Cádiz extraña y universal* primero en el Diario de Cádiz y luego, en forma de libro, financiado por la Caja de Ahorro de Cádiz. En la Alcaldía de Cádiz se conservaba el mecanoscrito de Sancho que coincide, de la cruz a la fecha, con el texto de Lastra. Creo que no merece seguir por este camino de aportar más pruebas, pero me parecía necesario subrayar una vez más —pues antes ya lo había hecho mi amigo Fernando Toscano de Puelles— la verdad de los hechos.

Ojalá que algún día todas estas obras póstumas que aparecieron en forma de libros o artículos bajo los nombres del mismo Juan de la Lastra y de Fernando Monghió Blecher, en un caso tan clamoroso de apropiación indebida, puedan ser reeditadas con el nombre de su verdadero autor.

Algo parecido se debería hacer con otros libros de Sancho que se publicaron, en vida de él, con otro nombre, pero a los que no podemos considerar ni plagio ni apropiación indebida, sino un «problema personal» de D. Hipólito, del que se lamentaría años después de sucedido. Me refiero a su relación amistosa con Rafael Barris Muñoz, iniciada en 1921 y terminada abruptamente en 1926. En el primer

año Sancho tenía 29 años y Barris, 17, y era un joven estudiante de la carrera de marino mercante. En todos esos años Sancho consintió que Barris publicara a su nombre diversos trabajos de investigación que eran de su autoría, sin ningún género de dudas, con el afán de darle a Barris un prestigio de investigador que esto no hubiera podido conseguir por sus propios medios, hasta el punto de llegar a este hecho verdaderamente singular y, a mi modesto parecer, único en la historiografía española. En 1926 Barris ingresó en la Real Academia Hispanoamericana de Cádiz, con un discurso sobre *Un gaditano insigne. El Capitán general y adelantado del Yucatán D. Roque de Sopránis y Centeno*; lo más llamativo de esta historia es que Sancho, que es el verdadero autor del texto, asistió al acto y, no me extrañaría, que aplaudiera incluso el discurso de su amigo. Todo esto es, como decía Fernando Toscano de Puellas, «un tema espinoso, pero que no puede soslayarse». Todo parece indicar que había algo más que amistad entre Sancho y Barris, o, lo que nos parece menos probable, es que D. Hipólito, quisiera ayudar a su joven amigo, con una generosidad tan extraordinaria que suena extraña a la razón humana.

Pero una vez rotos, por las razones que fuesen, esos lazos de amistad, no dejaría de lamentarse Sancho de que Barris apareciera en el título de libros que eran suyos. Hora es ya de que la obra que todavía figura a nombre de Barris, Lastra y Monghió sea reeditada con el nombre de su verdadero autor, Hipólito Sancho Mayí. Que duda cabe que nadie mejor para hacerlo que el autor de esta obra que acabamos de prologar. Para esa tarea contará siempre con nuestra más entusiasta colaboración.

Manuel RAVINA MARTÍN